



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

EMILIO THUILLIER



Estudioso, inteligente,
elegante y atildado,
en poco tiempo ha logrado
llegar á un puesto eminente.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Descubrimiento sensible, por Juan Pérez Zambrana.—Palique, por Carro.—Ya no vuelvo, por José Jurjón Vajau.—Fandanga, por Simón Delgado.—La verdadera última palabra, por Chirri.—El maldeciente, por Carlos C. Catalá.—Barcarola, por Roberto de Palacio.—Clásicos y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

ESTAMPADOS: Emilio Thuillier.—Hemorrada.—Anuncios, por Gilin.



La compañía infantil que actúa en la Zarzuela ha sugerido á varios caballeros reflexiones tristísimas respecto de la suerte de esos pobres niños que cantan y bailan, precisamente á la misma hora en que debían entregarse al sueño bienhechor.

—¡Es una infamia!—dicen algunos seres sensibles.—La autoridad debe intervenir en el asunto, prohibiendo que esas criaturas sean explotadas.

Yo me precio de ser tierno de corazón y siento tal simpatía hacia la infancia, que hasta he llegado á meterme en asuntos ajenos más de una vez. No hace mucho tiempo, en la calle de Atocha, me interpuse entre una madre iracunda porque pegaba con excesivo rigor á un tierno niño, y ella, convencida por mis argumentos... me rompió en la cabeza un puchero lleno de cocido.

Con esto quiero dar á entender que amo á todos los niños sin distinción; aun á uno que tienen los señores de Faldeta y que ¡Dios me perdone! pero parece una rana. Veo al niño de Faldeta, y en vez de estrangularlo para que no perpetúe su especie sobre la tierra, le acaricio y le agasajo, y sentiría mucho que se muriese.

Pues bien, yo he ido al Teatro de la Zarzuela con ánimo de ver á los actores de la compañía infantil, y no me indigné, ni me puse á meditar en la butaca, ni formé el propósito de escribir un artículo para que lo leyese el marqués de Bogaraya. Lo que hice fué pasar un buen rato con aquellos actores liliputienses y admirar las felices disposiciones de algunos para el arte cómico lírico.

—¡Esto es atroz!—gritaba á mi lado un sujeto que le pega todas las noches una paliza formidable á la esposa de su corazón.

—¿Á qué se refiere usted? ¿Al *Certamen nacional*?—pregunté yo.

—No, señor; á esos pobres niños que nos divierten á costa de su salud, que están abriéndose la tumba con sus propias manos...

—Pero ¿qué cree usted? ¿Que está emponzoñada la atmósfera del teatro, como decía el padre Claret? ¿Que meter á estas criaturas en un frasco de aguardiente para que no crezcan? ¿Que les introducen los versos en el estómago con un fuelle?

—Lo que creo es que esos niños debían estar á estas horas en la cama.

—En ese caso, tendríamos que ir á los cafés á decir que se acuestan de prisa y corriendo todos esos chicos que van allí con sus papás y se meten por entre las piernas de los parroquianos y corretean alegremente tropezando con los mozos y se suben á las banquetas y se esconden debajo del piano.

—Nada de eso puede compararse con lo que ocurra en el caso presente.

—Debo advertir á usted que los niños de la compañía infantil no vienen solos; acompañanles sus familias, que han encontrado por este medio una manera *hórrida* de vivir. ¿Quién duda que alguna de estas niñas, hoy títere en miniatura, podrá ser mañana una apreciable actriz, sostén de sus padres? ¿Ó preferiría usted que en vez de dedicarse al teatro desde ahora anduviese por ahí vendiendo *La Correspondencia*? No parece sino que todos los

niños de España son completamente dichosos, y que los únicos que arrastran una existencia infeliz están ahora en la Zarzuela por las malas artes de un empresario cruel. Hay una porción de criaturas en Madrid víctimas de malos tratamientos, y usted habrá visto imposible á la hija de su portera cargando con un hermanillo chiquitito, que llora en sus brazos pidiendo alimento, mientras la madre se dedica á despellejar vecinos, con ayuda de una inquilina curiosa y lenguaraz. ¿No ha tropezado usted nunca en la calle con un arrapiezo que venda alfileras de cabeza negra y acaba por pedir un centimito para pan?

—¿No tienes padres?—se le pregunta; y suele contestar el angelito:

—Tengo padre, pero está siempre borracho; mi madre murió en el hospital, y ahora mi padre *tié* otra mujer que me pega y me manda á pedir *pa* emborracharse.

Yo conozco una niña de nueve años que friega los suelos, cuida el cocido, va á la compra y duerme sobre unos trapos. ¡Cuánto hubiese dado ella porque la contrataran en la compañía infantil! Su padre es un «caballero» que se ha quedado viudo, y sólo piensa en acicalarse y en hacer el amor á todas las mujeres bonitas, mientras la pobre criatura le sirve de criada... Pues, sin embargo, el «caballero» alterna en sociedad, y no hace muchos días que le dieron un ascenso en su oficina, y hasta creo que está condecorado con la cruz de Isabel la Católica.

—¿Por qué nos hemos de fijar en la compañía infantil suponiendo que padece toda clase de desventuras? Claro que no es agradable ver á los niños en el teatro, cuando debían estar en el lecho; pero es algo peor verlos por las calles, sufriendo los rigores de la temperatura, mal vestidos, mal alimentados y expuestos siempre á toda clase de peligros.

Más compasión que los niños de la Zarzuela me inspiran esas otras criaturas que van al teatro con sus papás y se quedan dormidas sobre las gradas de la galería, aspirando los *miasmas delotérricos* del honrado público. Yo he visto infelices niños con el rostro congestionado y la respiración anhelante, pidiendo agua entre sollozos, y oí que decía la mamá, ardiendo en santa indignación:

—¡Cállate, condenado, que te voy á dar una zurra como para tí solo! Deja que lleguemos á casa y verás lo que te hago.

—¡Pégale á ese chico!—añadía el padre, dirigiéndole una mirada iracunda.

—Quiero agua—seguida diciendo el niño.

Entonces la mamá le tiraba un pellizco silenciosamente; el papá la atizaba un puñetazo con disimulo, y la pobre criatura, llena de terror, acababa por enmudecer y por quedarse dormida en el suelo.

Convengamos en que no hay motivo para indignarse contra el empresario de la compañía infantil, y en que otras cosas peores vemos todos los días y nos parecen de perlas.

Y consta que soy padre y que á mí me llamaban en mi pueblo *Intisín ó el amigo de los niños*.

LUIS TABOADA.

DESCUBRIMIENTO SENSIBLE

—Cuando yo estaba como un bábieca loco de amores por la Indalecia, llegó á mis manos extraña esquila cuyo contenido dice á la letra:

«Muy señor mío: Con su licencia voy á decirle (pero en reserva) cierto secreto que le interesa, puesto que es cosa de su Indalecia. La niña, esclava de la tuesma, dos noches hace comió lentejas. Déjele en el plato con gran paciencia desahogada media docena; mas yo, cariñoso

por excelencia, dejar no quise mi angosta celda, y aunque en la boca de la Indalecia me di un porrazo contra una muela, bajé contento por una cuesta y en una cima di de cabeza. ¿Qué paradero! ¿Qué estancia aquella! ¡Vaya unos jugos! ¡Vaya unas mezclas! No doy detalles, porque... marcan; mas voy al caso que á usted afecta. Como sabía yo que usted era cándido novio de la Indalecia, dije á un compadre que hallé á mi veras:

—¿Quieres conmigo
dar una vuelta
por las entrañas
de esta moza?
—Vamos— me dijo,
y andando á ciegas
y haciendo escalas
y abriendo puertas,
nos dirigimos
hacia la izquierda,
casi seguros
de que íbamos
corazón tierno
mujer tan bella.
Del pericardio
por la gatera
nos ecarriámos;
mas ¡oh sorpresa!
Nos encontramos,
na con arterias,
ni cavidades
sanguinolentas,
sino con una
castaña seca,
llena de polvo,
fría y escueta.
Volvimos grapes
sin ver ni huellas
de sentimientos
en la chisela,
y al fin hallamos
aperturas lentijas
y en ellas fulmos
de fieron ellas.

Por consiguiente,
la muy coqueta
le está engañando
con sus pameñas,
pues las castañas
duras y secas
nunca sintieron
dichas ni penas.
Sirva, pues, esta
de voz de alerta
y esté perdone
tanta molestia.
Rendidamente
se majo besa
Cayo, ¡agullino
de una lenteja.

.....
Tal es la cosa
que en cuatro letras
el buen coquillo
me manifiesta.
¡Y que este rayo
de luz me venga
de un pobre bicho
visible apenas!
¡Váyase al diablo
la coquetuela,
pues no merece
que se la quiera!
Ya de mis ojos
cayó la venda.
¡Oh, coquillo!
¡Baudito seas!

JUAN PÉREZ ZORRILLA

PALIQUE

Como se rotula el jefe, amo, director ó rabadán de los agustinos.

Llamémosle ó rotulemosle general, como el de los jesuitas, que hasta á los frailes, monjes y demás gente de claustro paterno les gusta jugar á los soldados.

Pues bien, mi general: esto ya no puede tolerarse. Esos agustinitos ó capuchinos de bronce del Escorial (hablo de la sección de letras, pues de los demás nada tengo que decir) están locos de remate y no se resignan á pasar por lo que son, literatos cursis y sin gusto, gente ridícula, en cuanto poetas y críticos; sea lo que quiera de todo el dogma, de toda la moral y de toda la disciplina.

Habíamos quedado, mi general, en que su reino de ustedes no era de este mundo, y mucho menos del mundo de las vanidades literarias.

Pues como si cantara. El P. Muñios, ese lírico de Soria, y el P. Blanco, ese Aristarco de Piloña, echan espumarajos de santa cólera místico-poético-crítica, y han soltado contra mí la jauría de legos de presa que tienen á sus órdenes por esos periódicos neos que alimenta Pidal con destinos y otras hierbas.

Recibo anónimo tras anónimo á cientos; todos huelen á sacristía; algunos vienen sin franqueo. De modo que me cuesta dinero enterarme de que los mestizos de toda España me tienen por un Antecristo crítico y por un ser dañado interiormente.

Hasta los aguadores se conjuran contra mí, señor general, y según veo en un recorte de un periódico, que debe de ser *La Unión Católica* (á juzgar por una líea en letras gordas que hay al principio), el tal aguador, probablemente paisano del P. Blanco, me pone perdido porque me ha permitido censurar al agustino frescachón ó el colegial desahucado.

Empieza por faltar á la verdad el aguador, como faltaba aquel otro fraile á quien echaron de la Unión Católica, y dice que yo me permito indirectas esobre los efectos que pueden producir las lecturas eróticas en un fraile joven encerrado en su celda. Lo que va entre comillas se supone que es copia de palabras mías. Pues falta á la verdad el aguador, porque yo no he dicho tal cosa; yo he dicho que el P. Blanco estaba entregado á lecturas sugestivas como demonios. Eso y no lecturas orblicanas, que ó no significa nada, ó significa una atrocidad, tratándose de un monje. (Uso las palabras monje y fraile como el vulgo. ¿Quién renuncia á llamar frailes á ciertos señores regulares?)

Y sigue el aguador (el estilo es de aguador, por eso creo que lo es): «El P. Blanco es un sabio en toda la extensión de la palabra: el que ha escrito que no puede decirse que un libro se rotula no sabe castellano.»

¡Vean ustedes, ante todo, la congruencia de las cláusulas copriadas. «El P. Blanco es un sabio: el que ha escrito, etc... no sabe castellano... Que es como si yo dijera: «Dios hizo el mundo en seis días: Pidal es digno de que le circuncide su abuelo.»

Pero, además, ¡oh aguador! el que no sabe castellano, ni por indicio, es el que sostiene que el P. Blanco dijo bien al decir que Vital Aza «ha escrito un libro que se rotula *Todo en broma*».

Según el aguador, se puede decir eso como Cervantes dijo: «Este grande que aquí viene se intitula Tesoro de varias poesías.»

Si, señor, se intitula puede decirse, pero se rotula en el sentido

mismo no: coja el aguador el Diccionario de esa Academia cuya autoridad invoca, y verá que intitular se usa también como reflexivo; es decir, que hay *intitularse*, como hay *llamarse*, que significa tener un nombre ó apellido. ¿Pero no hay rotularse? ¿Sabe usted lo que sería, en todo caso, rotularse? Ponerse rótulos, el tatuaje de los salvajes, como si dijéramos. Pero aun así, no podría aplicarse esto al libro, que no se rotula á sí mismo. El libro de Vital Aza *se rotula* su autor de una vez para siempre; de modo que no le andan rotulando todos por ahí, y por eso es una gran barbaridad decir que el *se rotula*, ahí, es verbo pasivo. Es un reflexivo... absurdo, porque no hay rotularse reflexivo, y el activo rotular empleado en forma reflexiva significaría *ponerse rótulo*, pero no intitularse, llamarse, tener tal nombre. ¿Qué apuesta *La Unión Católica* á que el mismísimo Tamayo y Baus me da la razón? Pregúntele, preguntéle. Si Tamayo les dice que es lo mismo decir que un libro se intitula que decir que un libro *se rotula*, prometo someterme á la penitencia que el padre Muñios ó el P. Blanco me impongan. Es más: creo que el mismo P. Blanco debe de estar convencido á estas horas de que ha dicho un disparate.

¿Á que no canta la pallodía *La Unión Católica*? ¡Cal! Volverá á citar al Sr. Novo y Colson y á emplear otras maliciencias de neo rabiado; pero ¿á que no confiesa que se ha equivocado en lo de *se rotula*?

Rotular, según la Academia, es *poner un rótulo*, y nada más que esto. Por eso está mal decir que un libro se rotula «á á B.» Digo yo: «Un libro *se rotula* de una vez para siempre.» (Aquí está bien dicho, porque, en efecto, esta oración es una segunda de pasiva, y se trata de *poner* un rótulo, y el sujeto no se nombra. Pero rotular, en el sentido de *intitularse*, *llamarse*, como reflexivo, no existe: por eso está bien: el libro de Aza *se intitula* *Todo en broma*, ó se llama *Todo en broma*, y está mal: *se rotula* *Todo en broma*. Estaría bien si rotular tuviera esa otra acepción que tienen llamar é intitular, y que admiten el reflexivo. Pero no la tiene; ¿yo qué culpa tengo? En fin, yo apuesto mil pesetas ahora mismo á que *La Unión* se ha equivocado. Y admito por jueces á tres académicos neos... de los que sepan gramática.

Para que el colega (si eso es un colega) no se pueda escapar por ninguna parte, ahí van varios ejemplos de lo que no puede decirse y de lo que puede decirse:

Supongamos á Vital discentiendo con el editor del libro; puede decir Vital:

—Pues nada; se rotula el libro *Todo en broma*, y demás concluido:

Y puedo decir yo:

—Después de estas disputas, se rotuló el libro como va dicho y se fueron á cenar.

Pero el P. Blanco, queriendo decir que el libro de Aza *se llama* *Todo en broma*, no puede decir:

—*Todo en broma*, finalmente, se rotula un libro recentísimo de Vital Aza.

Y no crea el aguador de *La Unión* que le está prohibido al P. Blanco hablar así por ser fraile; no, señor: es porque en los casos anteriores es efectivamente pasivo el verbo, *se refiere* en acción al hecho de poner rótulo; pero no así en el caso del fraile, que lo que quiere decir es otra cosa: *rotularse* por *intitularse*, *llamarse*... y eso es lo que no admite la gramática.

Y esto no es cuestión de opiniones, es *absolutamente* cierto que es como yo lo digo... Y apuesto las mil pesetas.

Y sigue el crítico de *La Unión* (ahora he averiguado, en otro ejemplar, que se llama Pedreira, y aunque tiene nombre de gallego, no puedo asegurar que sea aguador): «Tampoco es cierto que el P. Blanco no sepa conjugar el verbo *desdudir*, porque en la página 483, línea 13 inferior, dice *desdudir*, y no *desdudir*, como aseguran los críticos que se ceban en las erratas de imprenta.»

Vuelva á faltar á la verdad *La Unión*. Yo no he dicho que el P. Blanco dijera *desdudir* en la página 482. Lo que dije, y repito, es que el P. Blanco dice *desdudir* en la página 209. Y, en efecto, lo dice en la línea 17, no hay más que ir á verlo.

¿Que es errata? ¡Pamplinas! Los cajistas no se meten á convertir en irregulares las formas regulares de los verbos, si los autores los escriben bien. Diga usted que el P. Blanco hace con *desdudir* lo que suelen hacer las mujeres con la b y la c: usarlas por riguroso turno pacífico.

Pero ¡si el libro del P. Blanco está lleno de disparates! Por donde quiera que se abre se va á una falta de gramática, ó un adeseño de lógica. Cuando no escribe á lo periodista de *Yendo de La Época* ó á lo romántico trasnochado, se pierde en tautologías, impropiedades é incongruencias.

Cojo un alfiler; pincho el libro, abro... y leo, página 102: «se dirigen á fines cuyo *mítico parecido*...»

¿Hay mayor disparate? Esto es peor que las *viduadas mutuas* de la Pardo Bazán. ¿Cómo ha de ser un parecido no siendo mutuo? Si una cosa se parece á otra, es claro que ésta se parece á aquélla. ¡Oh, la crítica agustiniana!

¿Cuanto mejor estaban ustedes fabricando *chaynes* verde! Este *mítico parecido* está, por cierto, junto á un insulto á *Clarín*. Pero yo no contesto al P. Blanco por huir del parecido... mutuo.

Página 207: «El sello bretoniano que distingue las obras de Serra se extiende hasta los *hús* imperceptibles *paranormes*, aunque

HUMORADA



Se baila, se enloquece, se enamora,
y pasado el instante de demencia.



se cumple, bien ó mal la penitencia...
y hasta el año que viene por ahora.

nunca permite ver las huellas del plagio, porque eran más grandes que todo eso las disposiciones del imitador.»

«Qué de desatinos! ¡Pormenores imperceptibles! ¿Cómo han de ser imperceptibles los pormenores de una obra de arte? O no son pormenores, ó se perciben. Y si no son perceptibles, ¿cómo sabe el P. Blanco que en ellos está el sello bretoniano? ¿Y qué es eso de un sello que no permite ver las huellas de un plagio? Sin querer llama plagio a Serra, y lo que dice es que las disposiciones de éste eran tales que disimulaban el plagio (no permitían verlo). Y en todo caso, si no había plagio, sería gracias al autor, pero no al sello bretoniano, que en eso ni entraba ni salía. Sería gracias a las grandes disposiciones para no permitir que se viesen las huellas.

En la misma página: «El Don Tomás todo entero.»

Allá los puristas.

En la misma página: «singularmente por ese sabroso buen decir, y por (¡adiós singular!) esa vena de excelso versificador...» ¡Excelso versificador! ¡Bonito epíteto! ¿Cómo llamará a Dios el padre que llama excelsos... a los versificadores? Si el padre toma el Diccionario al pie de la letra, y sin criterio, el mejor día nos dice «la excelsa manteguilla de Soria,» para adular al P. Muiños.

El P. Blanco es un bendito, que no tiene idea de lo que es gusto, ni de lo que es una *Historia* de la literatura. Le cuentan cualquier anecdotilla insignificante y sosa... y allá va, al *monumento*, como dicen los neos que le jalean la obra.

Como ejemplo de las improvisaciones graciosas de Serra copia esto:

Babe un músico Burdó
y gasta de flor el pan,
y lacayo... y... qué sé yo!
¡Y junto al músico están
cuatro autores sin rol!

¿Habrás visto cosa más ridícula? ¡Un historiador admitiendo estas... quisicosas en un libro serio, con pretensiones de *monumental*? Y enseguida copia esto otro:

Oudrid, me ha dicho Reguera
que al acabar la función
subas á la dirección,
que en la dirección te espera.

¿No es... tonto, valga la verdad, tanto el crítico que gasta tinta y papel en tales fruslerías? ¿Sirven esas improvisaciones para pintar la gracia espontánea de un Narciso Serra?

¡Y querían que Valera alabara el libro del P. Blanco!

En la página 274, para elogiar los caracteres de cierta novela, dice que todos los personajes se *mueven á compás*. ¡Vaya un movimiento! Parecerán héroes de Juanelo.

Página 465: «Toda la trama de la obra, compuesta de increíbles atrocidades, la colocan (la trama... la colocan) á gran *desnivel* respecto de la precedente.»

Para el P. Blanco sólo está á gran *desnivel*... lo que está más bajo. Pues figúrese que esa trama fuera tan excelente que hiciera de la obra una maravilla; pues también la colocaría á *desnivel*... al ponerla más alta. El P. Blanco, á quien le faltan más de mil para crítico y le sobran más de cien para arador, está á un gran *desnivel* respecto de críticos y aradores.

En la página 596, hablando de los estudios literarios del respetable y sabio F. Canalejas, difunto, dice el P. Blanco: «y *aun se permitió el lujo* de estudiar los adelantos de la Filología moderna.» Y eso es una impertinencia de fraulco pedante y sin trato de gentes. ¡Burlarse de Canalejas el P. Blanco!

Después da á entender que Canalejas se volvió loco por estudiar mal y caer en dudas filosóficas.

Esto no cabe comentarlo con enchufetas. Razón tiene Cánovas cuando dice que ahora hay *delitos nuevos*. ¿No es delito *penable*, pero sí delito de lesa crítica, sacar á relucir las enfermedades de los autores para relacionarlas con sus ideas, como argumento contra éstas? ¿Qué tiene que ver la demencia de Canalejas con su filosofía? Además, ¿le consta al P. Blanco esa demencia?

Página 329: Habla el P. Blanco de la vocación y de la inspiración de Núñez de Arce, y dice que «veinte años estuvo represada aquella corriente impetuosa...» y enseguida añade: «y lo que más asombra: esos veinte años no lo fueron de estacionamiento.» ¿Conque no? Pues si la corriente estuvo represada, *estacionamiento* hubo; y si no hubo estacionamiento, no hubo tal *pré*sa ni *represa*.

Por cierto que esa corriente después *acorría* siempre con el mismo *insuperable éxito*. ¿Pero sabe el padrecico lo que significa éxito? Un éxito puede ser insuperablemente... malo. Éxito es salida, y la salida puede ser... por la puerta ó por la ventana: buena ó mala.

Por hoy basta. Otro día examinaremos, entre otras cosillas del convento, unos versos que el P. Blanco me pone de ejemplo, para que yo aprenda á tener oído.

Hay, P. Blanco, para rato, y ustedes dispensen: yo lo que puedo hacer es *alternar* con otros asuntos; ¿pero dejar al padre de los parecidos mutuos? ¡Quiá!

— CHABÍN.

¡YA NO VUELVO!

A MIS SUYOS AMIGOS TERENCIO GALAY Y ANTONIO V. GILLO

Perdonadme ¡oh trovadores!
que, siempre franco y sencillo,
os dedicé entre rebores

por qué no he vuelto el perdido
al lado de ruiseñores.

La última cervicería

de Parnasio os servía.
Vuestro canto admiré allí,
pero, al despedirme un día,
dijo amargo y no volví.

Arte, patria, amar y le,
sentimiento, inspiración
de vuestro libro escuché,
y por eso me marché
leyendo de la *inspiration*.

Lo noble y lo angelical,
lo sublime y lo ideal,
asegura el interés
que es *música celestial*...

Y tan celestial como es!

Autocritico utrabiliaric,
aunque al fin el hambrío venza,
en el fondo de mi armario
dejé un poco de vergüenza
el buen gusto literario.

De dramaturgo insensato
yo tuve más de un comato,
pero nunca vi la plata,
ni pasé de ser *apud*
aunque aspiraba á Zapato.

De lejos la gloria vi,
con esperanza escribí
más de un drama y mas de dos,
y ¿qué es lo que conseguí?
«Una linosna por Dios!»

Poco podrá alcanzar

sin mérito y sin ayuda;
aburrido de llorar,
me quedé en el filo de rienda,
y parte usadí de contar.

De mi pasado extravió
me acordó con honda pena
y á la suerte me crucifijo;
hoy *me usó* en la escena,
cabe el *primé* y me río.

¿Comprendéis mi decisión,
poetas de corazón...
Vendó á la cervicería
puedo dar en la *navis*
del arte y la *inspiration*.

Dios, que su dulzura os da,
allí arriba primará
lo que aquí aprecian tan poco.
¡Yo, que estuve loco ya,
no quiero volverme loco!

No me t réis de la cuerda
ni bagáis que el sustento pierda,
que ya en serio no discurreo
de aquella *corta ca baluro*
sólo mi madre se acuerda!

Mi afecto y mi simpatía
con disgusto pongo á raya.
Me encanta la meludía,
pero no esperéis que vaya
por vuestra cervicería!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

FANTASÍA

Rodaba el tren exprés, calcitrando
por los ásperos riscos de la sierra,
y el férreo potente de las máquinas
vibraba entre los bosques y en las peñas.
Ramilletes de chipas lo formaban
magnífica y brillante cabellera,
que iba, al pasar, hundiéndose en los barrancos
las mil fantasmas de la noche negra.
Retumbaba en el monte silencioso
el estruendo de topes y cadenas,
que el hálico valiente del progreso
á las ocultas soledades lleva.

Por donde el monstruo pasa, se convierten
en hermosas ciudades las aldeas;
por doquier, á los lados del camino,
surgen el bienestar y las riquezas,
los rados campesinos se transforman,
los cerebros dormidos se despiertan,
y, recorriendo el mundo, alcanza á todos
la bienhechora plácida infancia...

A cinco ó veinte pasos de la vía,
en lo más intrincado de la selva,
se levanta una choza miserable
de trozos de pizarra y ramas secas.
Allí duerme un pastor, envuelto en magre,
cubierto por la clásica pelleja,
con un trapo asqueroso por camisa
y un pañuelo indecente por montera.
Casi no sabe hablar. No hace otra cosa
que guiar al ganado por la sierra,
sin pensar ni sentir, como lo hacen
sus abuelos del tiempo de los cellos.
Al pasar el exprés, la pobre choza
se ilumina al fulgor de la celdera,
y un instante después queda de nuevo
solitaria y perdida en las simieblas.
Todas las noches, el pastor salvaje,
al brusco y breve trepidar, despierta,
se incorpora, se dice: «el tren que pasa,
y se vuelve á dormir á pieana suelta.

SINESIO DELOADO.

LA VERDADERA ÚLTIMA PALABRA

Amigo Sinasio: Termina usted sus *deklaraciones* del último número diciendo que «queda terminado este asunto en el periódico» pero desde luego he comprendido que no quería usted dar á entender que la *última palabra* había de decirla Bobadilla, uno de fuera de casa.

La *verdadera última palabra* voy á deciría yo. No fué por mandato explícito de juez por lo que se publicó aquel comunicado de Bobadilla, pero sí porque él recurría á su derecho; es decir, al que le da la ley; y por consiguiente fué por mandato implícito del encargado de hacer cumplir la ley. Bobadilla en su *última palabra* se concretó á contestar, como yo se lo decía, á mi invita-

ción de batirse conmigo á doreta... en un asunto, y resulta que no acepta. Bobadilla se me figura que trata de no entenderme para prepararse á negarme un derecho que es evidente. Si me niega ese derecho, que se apoya en varios documentos, alguno publicado en América y que es una injuria calumniosa, como se puede demostrar, entonces comprenderé que hay de cierto terreno... y aprovecharé la idea que él me daba el otro día. Si me reconoce el derecho que reclamo, todo será cuestión de coser y cantar.

Lo triste, lo feo es que, por culpa de quien empezó á usar palabras gordas y amenazas, el aspecto puramente privado de la cuestión se haya tratado en letras de molde.

Es más, si no hubiera sido que, por vicisitudes que me explico, los desahogos de *Fray Candil* se publicaron en MADRID COMICO, yo los hubiera despreciado, como he despreciado los de otros muchos. Ni *Fray Candil* tiene más importancia que tantos otros, ni él ha hecho más ni menos que muchos que se vieron en su caso.

Siento mucho, amigo Sinesio, que MADRID COMICO haya tenido que prestar sus columnas un día y otro á tales materias. Dicha ahora la verdadera última palabra, y habiéndola dicho yo, como era natural, no volveré á hablar aquí de *Fray Candil*... desde este punto de vista; pues es claro que de su literatura diré, siempre que lo crea oportuno, lo que me parezca.

Suyo afectísimo,

CLARIN.

EL MALDICIENTE

(LÉASE CRÍTICO AL USO)

Por sus instintos es reptil de Arabia,
pero de éan hidrófobo su sello,
y en realidad lo está, pues prueba de ello
que aquel á quien él muere (es claro) rabia.

Siempre vertiendo líbel, su única savia,
vibra es que se abalanza al cielo
y priva de la acción y del resuello
con su implacable sempiterna labia.

A la honra alza ranchos como *chepas*,
como zorro anda á caza de gazapos,
y en fin, vive de gorras y *chiripas*...

hasta que un día se hartan de sus trepas
y uno, á quien saca á relucir los trapos,
llega y le saca á relucir las tripas!

CARLOS C. CATALÁ.

BARCAROLA

— Bajel de hinchada vela
que sacas el Egeo
pintando suave estela
en el tranquilo mar,
te impulsa el dios Eolo,

que mira con envidia
al arrogante Apolo
al arrogante Apolo
al arrogante Apolo

te casco gobernar,
Cautivas circasianas
encierros en tu seno,

y niñas africanas
de rastro cencisador,
Pebetes, oro, arómas,

tapices y brocados,
hurtes de Mahoma
y joyas de valor.

Gallardo barquichuelo,
cancanto de los mares,
calma, por Dios, mi anhelo

y dime dónde vas tú:
¿Dónde vas, nave dichosa?
¿Cuál es tu derrotada?

¿Diriges presurosa
tu rumbo hacia Curfú?

Hablando así, de binojos
está baco en la playa
con suplicantes ojos
mirando un bergantín.

— ¿Es loco? ¿está bebido?
guitóla un marínicro.
No sé cómo lo podido
tener calma hasta el fin.

— Si nada de eso es cierto!
Ni el buque pinta esterco,
ni Bolo es este puerto,
porque es San Sebastián.

— ¿Que Apolo es quien lo guía?
¡Cal un timonel muy feo,
nacido en Almería
y que le llaman Jaán.

— Pero y las niñas moras?
volvó á decir el loco.
Serán las pescadoras
que tornan á Bilbao?

— ¿Qué pesca ni qué fardo,
ni qué oro ni manzanas!
El barco lleva á bordo,
no harías, ¡baca!ol!

ROBERTO DE PALACIO.



En el número anterior, en el artículo titulado *Falsitas*, se deslizó una errata de primera clase, entre otras de menor cuantía. Los cajistas pusieron la palabra azadones con h. Y no quisiera yo que en estos momentos se apoya-

ran los apreciables sujetos que escriben *que* de la misma manera para invocar el presente.

Porque para mí en estas cosas, pequeñas hay que andarse con pies de plomo.

Porque nunca falta quien se agarra á un clavo ardiendo.

Un anuncio:

«Se necesitan criado y criada, jóvenes y robustos, para...»
¡Vál! Para tirar del tranvía?

No, señor. «...para el cuerpo de casa.»

Pues no quisiera yo ser cuerpo de casa con una criada y un criado jóvenes y robustos.

Porque viene el diablo y sopla.

No te regalé las botas
porque anduvieses derecha,
sino todo lo contrario:
(pensando que te cayeras!)

R. P.

Por hacer una obra de caridad, ya que no por otra cosa, debo advertir á los señores olvidadizos que envían cartas á esta Administración sin el correspondiente sello que nosotros, por sana costumbre, no recogemos jamás las cartas detenidas en correos.

Lo digo porque raro es el día que no llega á nosotros el aviso de cajón participándonos que tenemos allí una ó dos cartas esperando el santo advenimiento... del timbre.

Y como si no, morcna. Porque el que escribe y no se acuerda de pagar el franqueo... no tendrá mucho interés en que llegue la carta, y festivamente, no llega.

Yo no digo que me quieras
ni que dejes de quererme;
lo que digo y lo que quiero
es que digas si me quieres.

Un angel bajó del cielo
y dijo al ver tu belleza:
«Como tú son las mujeres
que se crían en mi tierra.»

FERNANDO PASCUAL.

Libros:

«*Destrucción!*», episodio nihilista, novelita corta, por D. F. Gómez Harnán. Precio, 50 céntimos.

Memoria descriptiva para tomar parte en los festejos del cuarto centenario de Colón, verificando la limpia de una trayectoria parcial del río Manzanares para salubridad y embellecimiento de Madrid y navegación á vapor.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

No me atrevo.—Y haee usted bien. Porque esas declaraciones amorosas, casi de verdad, son poco interesantes.

Coruja.—Dios no le tome en cuenta el tiempo perdido en escribir esa serie de bobadas. Porque si se lo toma, ¡ay!

K. T. to.—Siquiera usted se aficó entretanta, según confesión propia.

Ulises.—El mundo es un atajo de ilusiones donde espero morir ya impaciente, y en donde siempre la pasión ardiente abrasando á sin fin de corazones.

Para muestra de soneto me parece que basta ese atajo... de ilusiones, ¡eh! Sr. D. D. Q.—Madrid.—Es encantadoramente anodino é inocente.

Sartentilla.—¿Sabe usted lo que le puede decir el cazo? ¡Quítate allá, que no sabes contar las sílabas!

Pepinillo.—No; no se publicará.

Sr. D. A. R.—Madrid.—Me parece un poquito vulgar. ¿No piensa usted lo mismo?

Estrapa.—Las maldiciones contra la vecina que toca el piano han pasado de moda. ¡Así hubieran pasado los pianos también!

Tarik.—No la había recibido efectivamente, y ahora que la he recibido... no me gusta tampoco.

Nico.—No están mal hechos los sonetos, pero el género se ha hecho un poquito cursi.

Lo gijó.—La sílva podría pasar si no estuviera un poquito oscuro el pensamiento, por lo engrasado del paréntesis.

X. X. X.—No sé por qué me huele á conocido lo que usted me remitió.

Carómbano.—La intención es buena, pero el romance no está á la altura de la intención.

Sr. D. J. A.—Madrid.—Mal medidos la mitad de los versos. Y me queda còsto.

Pach.—¿Lástima de tinta verde que en hacer copias se pierde!

Mercutio.—No puedo acordarme en este momento, pero probablemente las habré recibido, y como no puedo contestar á todo el mundo...

Coñillar.—Mira usted, al primer verso: «El mundo está malo, muy malo, y le sobran dos sílabas. Y es mucho sobrar, me parece.

T. W. O.—Béngolo, que tienes gana de gastar el tiempo.

ANUNCIOS

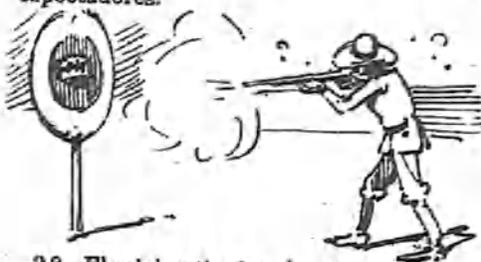
FASHIONABLE SOIRÉE
(PROGRAMA)



1.º Ejercicios ecuestres por miss Terry, que romperá un aro perfumado con esencias de la *Perfumería Americana*, Espoz y Mina, 28, para delicia de los espectadores.



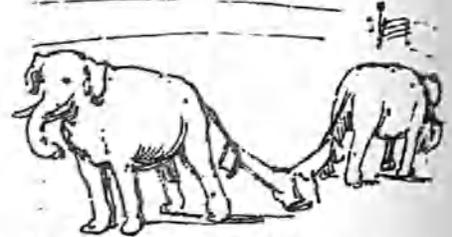
2.º El clown *Mosca* presentará una camisa de *Martinez*, San Sebastián, 2, en competencia con las mejores del mundo.



3.º El celebre tirador americano mister John hará varios disparos sobre una dentadura postiza de casa de *Tirso*, Mayor, 73, para demostrar la solidez de la construcción.



4.º Gran batuda de cien relojes de casa de *Brañas*, plaza de Matute, 12, que no dis crepan un minuto.



5.º Dos elefantes tirarán de un pantalón inglés (*Pesquera*, Magdalena, 20) y no lo descoherán sin embargo.



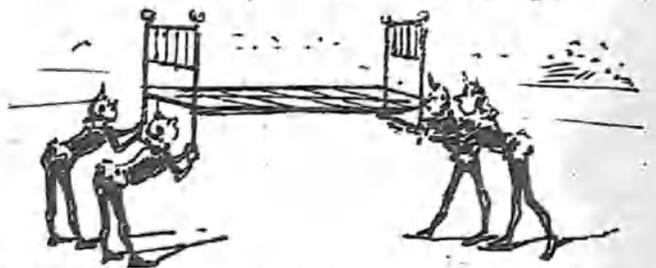
6.º Presentación del atleta señor Gómez, que ha conseguido un desarrollo muscular extraordinario con solo tomar un abono de 50 pesetas en el restaurant *Las Tullerías*.

Matute, 6.



8.º Resurrección de un muerto, gracias á una copa de cognac fino de *Moguer*.

Avancays.—Carmen, 10.



7.º *La cama maravillosa*, procedente del Bazar de la Plaza de la Cebada, número 1, que á los veinte años de servicio constante está como el primer día, y un poco mejor.



9.º Gran pantomima titulada *Tras lo bueno vamos todos*, en la cual todos los artistas de la *troupe* andarán á la greña por adquirir una toquilla de casa de *Tirso Rodriguez*.

Atocha, 75 y 77.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID